

CRIADEROS URBANOS DE ABEJAS

Ciudadanas ejemplares

Cada vez más metrópolis se dejan seducir por las bondades de la crianza de abejas en ambientes urbanos, un fenómeno global en expansión que reivindica su vital importancia y demuestra los beneficios de convivir con ellas entre los rascacielos.

Por Roberto Piorno

Los clientes del Waldorf Astoria, uno de los hoteles más emblemáticos de Manhattan, descubren cada mañana a qué sabe Nueva York. La miel servida con el desayuno se convierte en un viaje entre los aromas y mil matices de la exuberante flora de Central Park y alrededores. Si la Gran Manzana tiene un gusto propio, ha de parecerse mucho al delicioso néctar que es ya desde hace algunos años una de las señas de identidad culinaria del Waldorf. El responsable es David Garcelon, chef del centenario hotel quien, espoleado por el auge en la ciudad de los rascacielos de las abejas 'urbanitas', decidió instalar seis colmenas en la terraza del piso 20. Desde entonces

300,000 abejas, inquilinas de este referente de la hostelería neoyorquina, surten a los distinguidos clientes de una miel que no se puede probar en ningún otro lugar del mundo, y conviven con ellos, como quien dice, puerta con puerta. Dicen los encargados del hotel que hasta la fecha jamás una de 'sus' abejas picó a ninguno de los huéspedes: están demasiado atareadas polinizando las flores de Nueva York y elaborando una miel enriquecida por la excepcional variedad de flores autóctonas y exóticas que pueblan los parques y jardines de la Gran Manzana. Entre los ilustres clientes del Waldorf Astoria están los Obama. Y tan amante es Michelle, la primera dama, de la exquisita miel elaborada por las abejas del hotel, que recién decidió instalar dos colmenas en los jardines de la Casa Blanca. Hasta hace

cinco años esta fiebre apicultora en las grandes ciudades era totalmente impensable. En Nueva York, como en el resto de las grandes urbes a lo largo y ancho del globo, la práctica de la apicultura estaba prohibida. En 2010 este veto se derogó de manera definitiva, y poco a poco otras grandes capitales de América, Europa, Oceanía o Asia siguieron el ejemplo. Y es que la pasión del Waldorf Astoria y de los Obama por la miel de los rascacielos es apenas la punta del iceberg; edificios globalmente tan emblemáticos como el Palacio de Buckingham y la Tate Gallery en Londres, o el Palacio de la Ópera de París, tienen también sus propias colmenas y producen miel de altísima calidad mimando sus enjambres de abejas, que extraen el néctar de las flores de Hyde Park o del parque del Campo de Marte.

Colmenas en el parque

La apicultura urbana es ya un fenómeno global muy arraigado, pese a su relativa juventud, en Norteamérica y Europa, y desde ahí irradia imparable hacia Oceanía o Asia. En un momento en el que el uso de pesticidas e insecticidas está tan extendido en los cultivos comerciales tradicionales, la ciudad se propone como un espacio idóneo para repensar la manera en que producimos, comemos y nos relacionamos con el ambiente. "La apicultura urbana va mucho más allá de instalar colmenas en parques o tejados de edificios; también significa introducir a las abejas en diferentes ámbitos como la educación o la investigación, atendiendo a una dimensión social, económica y cultural del fenómeno", sostiene Jaume Clotet, apicultor barcelonés y responsable del proyecto MEL.LIS que,

entre otras metas, trabaja para introducir la práctica de la apicultura urbana en España, concretamente en Barcelona. La miel, no hay duda, es el gran reclamo, el escaparate de estos proyectos apícolas entre rascacielos y azoteas. "Nuestro objetivo es dar a conocer a la sociedad la vida, organización, comportamiento y formas de comunicación de las abejas. La idea es intentar trabajar y vivir de las abejas de una manera sostenible y respetuosa con ellas. Es un objetivo posible si logramos que la sociedad reconozca la importancia de las abejas y los beneficios que nos aportan." Barcelona acaba de sumarse a este movimiento de integración de las abejas en el espacio urbano que suprime las restricciones a la práctica de la apicultura en las grandes ciudades, pero España pertenece aún al bloque de países escépticos, en los

que sin embargo iniciativas como la de Jaume comienzan a vencer resistencias y, sobre todo, miedos y prejuicios. "Abejas y personas hemos convivido siempre en las ciudades. Las ciudades se han construido poco a poco y ellas han tenido que ir adaptándose y sobreviviendo en los huecos de los árboles, parques, cajas de persianas y otros espacios que han ido encontrando para establecer sus colonias. Existen muchas creencias erróneas por falta de información y conocimiento. Las abejas no son peligrosas y agresivas por naturaleza; de hecho, si una abeja pica, muere a continuación. Son insectos territoriales, y evidentemente si llegamos a su casa, levantamos el tejado y les quitamos la miel que llevan recolectando meses para el invierno, es muy razonable que nos quieran picar." En Barcelona ya se trabaja para iniciar la ▶

◀ instalación de apiarios en diferentes parques y zonas verdes de la ciudad, en espera de vencer los últimos obstáculos burocráticos tras la derogación de la normativa que prohíbe su ubicación en un radio de 400 metros de cualquier núcleo poblacional. Por el momento MEL.LIS gestiona siete colmenas en uno de los principales parques de la ciudad, donde la producción de miel es, curiosamente, muy superior a la de las colmenas tradicionales que se ubican a cien kilómetros de la urbe; es el germen, prometedor, de un negocio sostenible y comprometido con una didáctica de las ventajas de convivir con abejas en el espacio urbano.

De barrio

Para los países 'emergentes' de la apicultura de ciudad, Nueva York es, sin duda, el espejo en el cual mirarse. El Waldorf Astoria aloja las colmenas más mediáticas de la ciudad, pero las abejas ya vuelan a sus anchas por el skyline neoyorquino ganando adeptos año tras año, perfectamente adaptadas al bullicio de la gran ciudad. Andrew Coté vende su miel varias veces por semana en el mercado ecológico de Union Square, pero la suya no es una miel cualquiera; encierra, de hecho, las esencias de la personalidad múltiple de una de las ciudades más cosmopolitas del mundo. Tiene colmenas en Queens, Manhattan y Brooklyn, y su miel lleva denominación de origen. Cada barrio es un mundo, y cada tarro de miel, dependiendo del rincón de la ciudad del que provenga, también. Pero no sólo comercializa miel con etiqueta de barrio; vende también jalea real, polen y propóleo, y todo genuinamente *made in NY*.

Andrew es uno de los pioneros; de los apicultores urbanos de primera generación que dieron dura batalla a la administración para derogar la normativa que prohibía la práctica de la apicultura urbana. En 2010 la ciudad de los rascacielos abrió al fin sus azoteas a las abejas, desde entonces el número de apicultores no deja de crecer a lo largo y ancho de la urbe. "En la actualidad hay apicultores en los cinco distritos de Nueva York, y en total



MODA. Barcelona, España, es una de las ciudades 'emergentes' que se han unido a la nueva tendencia de la apicultura urbana.

suman unos 500. Mucha gente no se registra; hay numerosos clubes y colectivos de agricultores pero también hay gente que prefiere trabajar por su cuenta, por eso es difícil dar un número exacto", explica Andrew. En su ciudad la apicultura urbana se ha convertido casi en moda y tendencia, en *hobby* de hipsters y ejecutivos en busca de un modelo de producción y consumo más sostenible y responsable. Muchos de ellos son miembros de la New York City Beekeepers Association, impulsada en su día por el propio Andrew, y que ha logrado forjar lazos muy sólidos entre personas de muy distinto origen en torno al mundo de las abejas. "La apicultura en Nueva York ha puesto en

contacto a gente de procedencias y formas de vida de lo más diverso: jardineros, psiquiatras, policías, profesores, agentes de bolsa... proporcionándoles una plataforma fascinante para intercambiar ideas y aprender juntos acerca de sí mismos y de quienes los rodean". Y es que si un rasgo define el auge de la apicultura urbana más allá del común interés por las abejas,

es precisamente el impacto que estas colmenas en azoteas y tejados han tenido en la vida de la comunidad, acercando a personas que buscan alternativas a los patrones tradicionales de consumo, apostando por el comercio justo, por estrechar lazos entre productores, comerciantes y consumidores, y por el comercio de proximidad, incluso en metrópolis tan inabarcables como Nueva York. Lazos tejidos en torno a un producto, la miel, de calidad excepcional: "No hay grandes diferencias entre criar abejas en el tejado de un edificio de 20 pisos o hacerlo en colmenas de campo tradicionales. Las abejas desempeñan exactamente la misma función, y no tienen, naturalmente, conciencia de ser urbanitas o campestres. Lo cierto es que la dieta de la abeja urbana, igual que la de los habitantes de las ciudades, es más diversa debido a la enorme variedad de flora (no autóctona) que hay en las ciudades. La miel urbana tiene un sabor más puro que la de campo y con menos alteraciones químicas por pesticidas". No hay duda de que la convivencia entre humanos y abejas en la gran ciudad reporta sustanciales beneficios a ambos: "Cualquier persona que permanezca a tres metros de distancia de una colmena no tendría nada que temer aunque las abejas fueran peligrosas, que no lo son. Por otro lado, los autobuses, los taxis y las escaleras matan gente, y vivimos con ello".

La apicultura urbana es ya un fenómeno global muy arraigado en Norteamérica y Europa, y desde ahí irradia imparable hacia Oceanía o Asia.



PIONEROS. Acostumbrada a marcar el derrotero de la moda, Nueva York ha sido también punta de lanza en la apicultura sustentable urbana.

Cambiar el mundo

Andrew Coté tiene un compromiso con las abejas que va mucho más allá de la consolidación de la apicultura urbana en Nueva York. Las colmenas urbanitas son para él, por encima de todo, una vocación: "La apicultura urbana es un *hobby* maravilloso, un pasatiempo fascinante, un modo de conectar con la naturaleza que ayuda a desarrollar los sentidos. Más allá de eso, es muy difícil ganarse la vida dedicándose a ello en exclusiva". Las colmenas pueden ser un impagable vehículo para tender puentes entre diferentes culturas y países. Así, durante un viaje a Guatemala en los años 80 para asesorar a los apicultores locales, comprendió que el de las abejas es un lenguaje universal, y que la miel podía ser una

inmejorable coartada de solidaridad. Así nació Bees Without Borders ('Abejas sin Fronteras'), una organización sin ánimo de lucro comprometida con la difusión global de la apicultura como herramienta para combatir la pobreza. Andrew viaja desde entonces a lo largo y ancho del planeta enseñando lo que sabe en comunidades con pocos recursos de países subdesarrollados, difundiendo las bondades de la apicultura como un modelo de negocio perfectamente en sintonía con los principios del desarrollo sostenible y concientizando acerca de la capital importancia de las abejas en los rincones más remotos del globo. Bees Without Borders ha visitado y dejado su impronta en países como Irak, Nigeria, Haití, Kenia, Fiji o Uganda, entre otros.



PROMOTOR. Andrew Coté considera que la apicultura puede servir también como un medio para construir una nueva comunidad global.

S.O.S. abejas

Una cosa está clara: las abejas proporcionan grandes beneficios a las ciudades, pero ¿proporcionan las ciudades esos mismos beneficios a las abejas? "Si las abejas desaparecieran las seguiría el hombre cuatro años después." Esta cita dudosamente atribuida a Einstein pone no obstante de relieve una situación dramática. En el año 2006 apicultores estadounidenses fueron testigos de un fenómeno inaudito: las abejas estaban desapareciendo como engullidas por la tierra. Panales que quedaban desiertos en escasas semanas; colonias enteras de abejas reducidas a su mínima expresión, sin rastro alguno de los cadáveres de los insectos. Las abejas son sociales por naturaleza, viven por y para la colonia, y el abandono de una colmena es un comportamiento que va contra su propia naturaleza, un suicidio en toda regla. Sencillamente, no puede ocurrir. Pero ocurrió, dando lugar al llamado Síndrome de Despoblación de Colmenas, que comenzó a extenderse, en el otoño de 2007, desde Estados Unidos al resto del mundo. Índices de mortandad entre las abejas en torno al 15% se consideran normales, pero el



LUJO. El hotel Waldorf Astoria de Nueva York tiene sus propios panales para ofrecer miel pura a sus huéspedes.

de los que dependen las abejas para sobrevivir, y por último, los neonicotinoides, una familia de insecticidas introducidos en el mercado en los años 80 y que afectan drásticamente el sistema nervioso de las abejas que, desorientadas, no saben encontrar el camino de regreso a la colmena.

El campo, por consiguiente, ha dejado de ser un refugio seguro para las abejas. La pregunta es si las colmenas urbanitas pueden ser una respuesta, siquiera parcial, a este fenomenal desafío ecológico. "La mejor arma de la apicultura urbana para luchar contra la disminución en la población de abejas es su repercusión mediática. Dicho esto, soy consciente de que es un arma de doble filo: para que la apicultura urbana esté plenamente reconocida hace falta

mucha pedagogía e implicación de las administraciones para dar ejemplo y confianza a la ciudadanía", sostiene Jaime Clotet. No hay flores suficientes en las grandes ciudades para tantas abejas como harían falta para paliar los estragos del Síndrome de Despoblación de Colmenas; pero la apicultura urbana debe jugar un papel esencial como concienciador social, acercando las abejas a la gente y viceversa; la cultura de la

miel de ciudad es un mensaje muy potente: es extremadamente positivo que las abejas vuelvan a estar de moda en un momento en el que surge amenazante el fantasma de su extinción.

Azoteas de Londres

Europa es, sin duda, uno de los pilares en el auge global de la apicultura urbana. Hace tiempo que París, Berlín, Bruselas, Viena o Londres se sumaron al *boom* de la miel de ciudad. La ciudad británica es una de las capitales universales del fenómeno. "Hasta finales de 2014 había 4,218 colmenas registradas en Londres, pertenecientes a aproximadamente 1,400 apicultores. ➔

FOTO: NBC NEWS, KATHY WILLENS, ANDREW COTE

FOTOS: ANDREW COTE

◀ La cifra actual ronda ya las 5,000 colmenas. Con todo, nadie sabe con exactitud cuántas colonias de abejas hay en Londres, porque no todos los apicultores están registrados”, afirma Mark Patterson, miembro de la London Beekeepers Association, punto de encuentro y referencia obligada de todos los amantes de la apicultura urbana en la ciudad del Támesis. En los últimos cinco años el número de colmenas en Londres se ha duplicado, en una ciudad especialmente hospitalaria con las abejas; no en vano se trata de una de las capitales del mundo con más kilómetros de parques y jardines en su área metropolitana. Por otro lado, el gran



REALES. En la ciudad de Londres el número de colmenas se ha duplicado en los últimos cinco años.

número de azoteas y terrazas dispersas por toda la ciudad es una invitación a la instalación de pequeñas y medianas colmenas para la producción de miel doméstica, de autoconsumo, de gran calidad. Esa red de tejados y sus enjambres de abejas se ha convertido en un símbolo de conciencia ecológica a la que de manera frecuente se suman edificios de empresas que quieren hacer visible de cara al gran público su compromiso con el ambiente. Y es que la sola instalación de una humilde colmena de azotea implica la contribución de 50,000 nuevos polinizadores al equilibrio del ecosistema urbano. Eso sí, la apicultura no se lleva con la improvisación. “Cualquier persona puede instalar su propia colmena, sabiendo, eso sí, que se trata de un gran compromiso y responsabilidad. Antes de dar el paso, nosotros recomendamos a cualquiera que pretenda iniciarse en el mundo de la apicultura urbana que se asegure de tener la formación necesaria, tomando algún curso con alguna asociación local, y posteriormente registre sus abejas en el organismo nacional competente.” En Londres abundan los apicultores amateurs que disfrutan de una pequeña colmena en la terraza del tejado, pero también hay iniciativas de mayor alcance las cuales demuestran que, además de una actividad rentable desde el punto de vista

ecológico y social, la apicultura urbana puede ser un modelo de negocio comprometido con el desarrollo sostenible. “Nosotros mismos –plantea Mark– producimos miel que vendemos en tiendas y negocios locales, directamente al público. El dinero recaudado va para el financiamiento de diversos proyectos solidarios”. Y añade: “Hay algunos ejemplos en Londres de iniciativas urbanas a pequeña escala que están obteniendo beneficios de la cría de abejas, por ejemplo The Golden Company, un proyecto solidario que colabora con gente joven estimulando su espíritu emprendedor a la vez que trabaja con adolescentes criando

abejas y vendiendo miel”. Sumergirse en el mundo de la apicultura está al alcance de cualquiera; la inversión que se requiere para la instalación de una colmena y la adquisición de los equipos de protección necesarios es bastante modesta. Por otro lado, una colmena bien atendida puede perdurar indefinidamente; es decir, la producción de miel, en manos de un apicultor formado y responsable, tiene garantizado permanecer estable en el tiempo de manera ininterrumpida.

Pero a veces el éxito es un arma de doble filo. El número de apicultores aficionados en Londres empieza a preocupar a los expertos. Es posible que el boom haya adquirido una dimensión desmesurada en relación con la escasez de espacios verdes en una metrópoli de semejante calibre. Demasiadas abejas, en definitiva, para pocas flores. Un reciente estudio de la Universidad de Sussex llama a los apicultores a la reflexión. Quizá la estrategia para repoblar de abejas las ciudades es equivocada. El estudio concluye que los amigos de la *Apis mellifera* (la abeja de la miel) quizá deberían mejor invertir su tiempo libre en cultivar plantas que atraigan a las abejas de una manera proporcionada y sostenible. En la actualidad en Londres hay 10 colmenas por kilómetro cuadrado, frente al promedio nacional de una colmena

FOTO: TELEGRAPH.CO.UK, GETTY IMAGES, MAKRO FREAK, RICHARD BARTZ

por kilómetro cuadrado, un número tal vez demasiado alto que podría afectar a otros insectos polinizadores ante la escasez de fuentes de alimento para semejante cantidad de abejas. Algunos negocios ya han mostrado su malestar ante la excesiva vecindad de estos nuevos vecinos. “Los enjambres pueden asustar a los clientes, y pueden ser un trastorno para negocios locales, llegando incluso a provocar pérdidas económicas –explica Mark–. El apicultor urbano tiene que ser extremadamente responsable y considerado con quienes lo rodean. La mayoría de las abejas de la miel no supone amenaza alguna para los humanos, sólo se vuelven agresivas cuando sienten que su colmena es atacada; pero el apicultor tiene la obligación de asegurarse de que las colmenas están lo suficientemente lejos de los vecinos para evitar problemas. Dicho esto, en Reino Unido las agresiones de perros son muy superiores a las agresiones de abejas.”

Las abejas son excelentes indicadores bioambientales; permiten detectar con gran precisión los niveles de contaminación en aire y agua de hasta 20 metales pesados, otro beneficio más que las abejas nos proporcionan. Pero a la vez llama la atención que convivan con nosotros en espacios tan contaminados sin padecer el impacto de la polución. Lo cierto es que la concentración de fitosanitarios, tan dañinos para las abejas, es mucho menor en la gran ciudad, por lo que, por paradójico que pueda resultar, un parque entre edificios puede proveer a estos insectos un aire mucho más puro del que están acostumbrados a respirar. Tanto es así que han acabado por hacerse un hueco en una de las metrópolis más contaminadas del mundo: Beijing.

Conciencia china

En los últimos años la onda expansiva de la apicultura urbana ha llegado desde Europa y Estados Unidos al continente asiático. Hong Kong, Tokio o Bangkok ya han ‘roto el hielo’, entrando a formar parte del mapa global del fenómeno, y poco a poco la fiebre de las abejas empieza a penetrar en la capital de China, donde la apicultura urbana vive aún su primera infancia. Safi Malik es un paladín de la agricultura sostenible en un país en el que la confianza del consumidor en la industria de la alimentación es mínima. A través de su empresa, Shangrila Farms, ayuda a los agricultores de la provincia de Yunnan a mejorar sus condiciones de trabajo y a colocar sus productos en el mercado obteniendo un justo beneficio por su esfuerzo. El objetivo es introducir en China un estilo de vida más orgánico y saludable mediante prácticas agrícolas sostenibles en torno a productos de óptima calidad. Y uno de sus caballos de Troya es la miel de sus abejas urbanitas. Todo empezó con una modesta y pequeña colmena en el tejado de la empresa en el distrito de Mentougou, en Beijing. Así nació y se solidificó el primer proyecto de apicultura urbana en suelo chino. Safi es un pionero en la segunda economía del mundo, y se muestra orgulloso de los progresos en los últimos años: “Nos

FOTO: LONEL DERINAIS



Apis mellifera

Existen más de 20,000 especies de abejas en el mundo, y de todas ellas, es la abeja de la miel (*Apis mellifera*), oriunda de Europa y África, la más internacional, por su presencia casi en cualquier rincón del globo. Su única fuente de alimento es la miel, y es capaz de polinizar una extraordinaria variedad de flores. En cada panal viven alrededor de 50,000 ejemplares sujetos a una estricta organización jerárquica. En la cúspide de la pirámide está la reina, única hembra fértil de la colonia, y por debajo de ella se encuentran los zánganos, las abejas macho de la colmena cuya única misión es fertilizar a la reina. Dos tercios de la población de la colonia están compuestos por las abejas obreras, hembras infértiles encargadas de polinizar las flores y recolectar el néctar para la miel. Se estima que una sola colmena es capaz de polinizar las flores de un radio de hasta siete kilómetros desde el lugar de ubicación de la colonia; también que cada obrera efectúa hasta 30 salidas diarias polinizando, en cada viaje, aproximadamente 50 flores. Es decir, diariamente el total de las abejas de la colmena poliniza millones de flores.

La dieta de la abeja urbana es más diversa debido a la enorme variedad de flora de las ciudades, y su miel tiene un sabor más puro y con menos alteraciones químicas ocasionadas por pesticidas.



COMERCIO. Safi Malik ayuda a los agricultores de la provincia de Yunnan a mejorar sus condiciones de trabajo.

centramos fundamentalmente en el impacto en la comunidad, en zonas cada vez más amplias, a través del desarrollo de proyectos sociales y promoviendo prácticas de comercio justo. En Beijing tenemos cuatro colonias de abejas, una muestra de lo bien que la apicultura urbana se adapta a una ciudad como ésta. De hecho descubrimos que las abejas urbanas de Beijing podían incluso doblar la producción de miel de las de un área montañosa de los alrededores. Creemos que el proyecto está siendo un excelente ejemplo para la comunidad y está extendiendo en Beijing el interés por la apicultura urbana.”

Para Safi, atraer a las abejas a la ciudad más que una alternativa, es un acto de responsabilidad: “Las abejas son un componente vital del ecosistema global en el que vivimos. Un 70% de los productos agrícolas dependen de la polinización de las abejas. En este mundo cambiante las abejas son muy vulnerables. Es una responsabilidad social cultivar nuestro conocimiento acerca de las abejas y aprender maneras de integrarlas en el mundo en el que vivimos”. Un mensaje contundente apelando a la conciencia ecológica del chino promedio es el que proyectan las colmenas de Shangrila en una ciudad y un país en pleno frenesí industrial, en el que las abejas son un símbolo de un modelo de crecimiento y convivencia decididamente más sostenible.

Hay muchas razones para apostar por la apicultura urbana como una inversión, en todos los sentidos, a futuro: “Las abejas de ciudad son más productivas que sus compañeras de campo. Este hecho se justifica por la ausencia de pesticidas en las ciudades y una alimentación más variada y regular a lo largo del año”, defiende Jaume Clotet, quien agrega: “La miel es un producto natural, y no una mezcla de mieles de distintos países con controles de calidad muy cuestionables y tratamientos que eliminan todas sus propiedades”. Para Safi Malik “la apicultura urbana es beneficiosa para el ambiente y proporciona a la gente una alternativa a los azúcares procesados... La miel urbana nos ayuda a mantener viva la conexión con la naturaleza y, en definitiva, hace nuestras vidas más dulces”.

Quizá este producto sea sólo eso: un modesto vehículo para obtener un manjar delicioso y una sonrisa. Tan sencillo y simple como eso. **M**

PARA SABER MÁS

The Urban Beekeeper: A Year of Bees in the City, de Steve Benbow. Random House. 2012.